



Reflexiones del Presidente de Honor

Antonio Ávila Chuliá



NADA NUEVO BAJO EL SOL

*No hay nada nuevo bajo el sol, pero cuántas
cosas viejas hay que no conocemos*

Ambrose Bierce

De buena mañana me dirijo a la Avenida de Blasco Ibáñez, me envuelve una temperatura primaveral, con un sol cálido asentado sobre un límpido cielo azul, impropio de este quince de enero en que estamos. Camino a buen paso en dirección a la Facultad de Psicología, trato de asistir al acto de homenaje y depositar unas flores en el monolito que se levanta en memoria del catedrático de Derecho Mercantil y miembro del Consejo de Estado Manuel Broseta Pont, asesinado por el etarra José Luis Urrusolo Sistiaga e Idoia López Riaño, hace veintiséis años, cuando atravesaba los jardines existentes frente a la entonces Facultad de Derecho a impartir sus clases.

Al cruzar por el parterre de la plaza de Alfonso el Magnánimo, junto a la gasolinera, llama mi atención el árbol más grande de la Comunidad Valenciana plantado en 1852 por error, al confundirlo los jardineros con un magnolio, una majestuosa higuera australiana, es decir, un ficus macrophylla, conocido como la Higuera de Bahía Moreton, con más de dos siglos de existencia que supera los veinte metros de altura y los doce en anchura de tronco; mudo fedatario del devenir ciudadano, cuya presencia es anterior al ferrocarril y a la estatua dedicada a Jaime I, la cual parece no quitar ojo del fastuoso ejemplar.



Prosigo mi camino, la contemplación del imponente árbol ha avivado dormidas nostalgias de mi niñez, tiempos en los cuales mis primas los domingos por la mañana, tras asistir a misa, me escoltaban cogido de la mano al parterre, punto donde acudían gentes de toda condición y origen de las tierras de España, bien de paso o residentes en la ciudad. De pronto sonaba la "cobla", los músicos en su mayoría procedentes del sur del río Sénia hacían oír sus instrumentos de viento, en ese momento el público de cualquier edad ante los primeros sonos se agrupaba con libertad para cogidos de las manos formar un corro y comenzar a bailar la sardana, en ocasiones con los aires de la Santa Espina. Nadie reivindicaba nada, ni era signo de etnia alguna, sin exclusiones, tan solo se pretendía pasar en armonía una soleada mañana de domingo entre conciudadanos.

Algunos aseguran que la historia no se repite, otros en cambio advierten que quien no conoce su historia está condenado a renovar sus errores, pues *"la historia es siempre historia de vida"*, dice Ortega; lo cierto es que para comprender la sociedad en la cual convivimos es ineludible conocer como se ha forjado el propio país, España, y la de tu continente, Europa. Lo injusto es que gran parte de la colectividad somos incapaces de plantearnos una cooperación común,



limpia de rencores, sin antagonismos o campañas falsarias para desacreditar al adversario. Los seres humanos variamos poco de actitud, nada parece tener mejora más allá de las nuevas tecnologías. Somos arrogantes, creemos saberlo todo o estar por encima de los demás, esa sola conducta basta para confirmar cuánto ignoramos y lo pobre que somos en algunas estimaciones. Al pasar los años, advertimos de modo instintivo que dilapidamos gran parte de la sapiencia de las personas mayores que hemos conocido; no es extraño que desde tiempo inmemorial se apostille la conocida frase: *"no hay nada nuevo bajo el sol"*.

La precitada locución la podemos leer en la Biblia (Eclesiastés 1, 10), en boca del Rey Salomón, la cual sale a la luz con posterioridad recogida por autores romanos, invita a meditar; lo que aparenta ser novedoso puede no serlo, pues todo tiene su precedente. Hay pocas ideas o aspectos de creación propia, siempre hay alguien que ya lo ha dicho, retocado con anterioridad. La singularidad de las cosas es poco o nada común, todo se repite, imita o claramente se copia; con ella se dice que uno no se sorprende por algo pretendidamente nuevo. Debemos descubrir los afectos, las pasiones, ansias, deseos, celos, mentiras, odios, envidias... Los humanos jamás cambiamos nuestras conductas ni los sentimientos, somos así y lo perpetuamos generación tras generación.

Continúo con el rumbo trazado, especulo mientras entrecruzo la ciudad, me gustaría que todo volviese a ser como en épocas pasadas, vana ilusión, aun así nadie me apea de mi deseo de lograr una mayor concordia y menos irascibilidad entre la ciudadanía. En la década de los cincuenta, las ciudades de aquella España se sentían todas iguales en derechos y deberes ante un Estado que las amparaba a todas por igual. El pueblo desea saber si lo que ocurre a su alrededor es insólito, nunca sucedió en tiempos anteriores. Basta con acudir a nuestra rica y amplia historia para comprender muchas cuestiones que nos afectan hoy. Veamos un ejemplo.

Un trece de agosto de 1836, el Gobierno de la época se halla reunido de urgencia, la razón la motiva un grupo de sargentos sublevados, tienen rehenes a la Reina Gobernadora María Cristina de Nápoles y a sus hijas las Princesas Isabel y Luisa Fernanda. El general Vicente Genaro de Quesada se ofrece a liberarlas con la fuerza de las armas y someter a los golpistas. La mayoría del gobierno prefiere entregar tres talegas de monedas de oro a los subversivos y zanjar el asunto. Esta nefasta negociación, se tradujo en una mayor fortaleza de los sediciosos. Quesada acabaría asesinado por una turbamulta. Cada cual saque sus propias conclusiones, por mi parte acabo de llegar a mí destino amable lector, hasta la próxima.

Antonio Ávila Chuliá